



ARMANDO JOSÉ SEQUERA

ABURRIDO

CARAVASAR LIBROS

Armando José Sequera

Aburrido

CARAVASAR LIBROS

Justo cuando esta mañana la maestra de quinto A dejó a Pablo González en mi oficina, yo reflexionaba sobre cómo detener la cadena de episodios desagradables que se venía produciendo en el colegio que dirijo.

Tales episodios se extendían desde tantas semanas atrás que las mismas ya se contaban en meses.

Debido a que mi mente daba vueltas por la estratósfera y a que la maestra habla tan rápido que los estudiantes la llaman *Ametralladora*, no entendí lo que dijo sobre Pablo y la causa por la cual lo llevó a la Dirección.

–Perdone, profesora, pero, ¿me puede repetir lo que dijo?

Pablo estaba allí por clavarle un lápiz en una mano a otro niño.

La información me hizo volverme hacia el jovencito que tenía ante mí, al cual tanto sus padres como las maestras que ha tenido lo consideran un genio.

Este incidente se sumó a los numerosos acontecimientos inusuales ocurridos en el colegio en los últimos tres meses, y que no sólo me han quitado el sueño por las noches sino que en el día me han hecho parecer un zombi borracho, de tan preocupado y somnoliento como he estado.

En el cine, la televisión y los videojuegos abunda la violencia pero, verla de cerca, en vivo y casi todos los días, es muy distinto, algo francamente terrible.

Por fortuna y salvo dos excepciones, esa violencia había sido a pequeña escala y, en ningún caso hubo víctimas de gravedad. Nada de atentados con armas o explosivos, como pasa en algunos países.

En ese momento, mis pensamientos giraban en torno a si las cosas se mantendrían así, si aumentarían de intensidad o si, simplemente, esos actos como de terrorismo casero dejarían de ocurrir.

La situación en el colegio se estaba volviendo inaguantable y toda la comunidad, tanto los niños como los representantes, docentes y demás trabajadores, se notaba angustiada. Había un ambiente de desconfianza que se manifestaba no sólo en las miradas y los gestos, sino también en las conversaciones. Muchas de éstas terminaban en discusiones, incluso si los interlocutores estaban de acuerdo.

Cuando Ametralladora –digo, la maestra de quinto A–, y Pablo entraron a mi oficina, oí la voz de ella como si viniera del otro lado del universo o aún más allá, en los territorios donde reina la Nada.

Abandoné los pensamientos que parecían rebotar en mi cráneo como un eco cuando advertí que la maestra permanecía frente a mí, en actitud casi militar, esperando que la autorizara a retirarse. Entonces sonreí o creo que lo hice. Por señas –no recuerdo haber proferido palabras–, le indiqué que yo me haría cargo del (no sé si llamarlo *niño*, *muchacho*, *joven* o *adolescente*. Hace dos meses cumplió diez años y calza en las cuatro denominaciones).

Igual que ella, éste se mantenía de pie, ante mi escritorio, aunque con la cabeza gacha.

–Buenos días, Pablo. Siéntate –lo saludé, al tiempo que le señalé los sillones que ocupan la mayor parte de mi oficina. Allí nos reunimos semanalmente los miembros de la Junta Directiva.

–Buenos días, director –contestó Pablo, muy educadamente, aunque sin alzar la cabeza ni la mirada.

Era la primera vez en los casi ocho años que lleva con nosotros que se le reprendía por una falta y, evidentemente, estaba muy avergonzado.

Este hecho, como ya dije, se sumaba al conjunto de sucesos anormales que se venían produciendo en el instituto y cuya más reciente manifestación eran las faltas cometidas por algunos de los mejores alumnos.

Hoy había sido Pablo González pero, en los días previos, había habido problemas con Edurne Telechea, de sexto B; Eugenio Morón, de quinto B, y Adriana Rovira, de primero de bachillerato.

Hasta pocos días atrás, los cuatro habían sido ejemplos de dedicación y buena conducta.

Edurne es la mejor alumna del colegio y Pablo el de mejor promedio en quinto grado. Ambos destacan por su participación en clases y en las actividades adicionales de la institución.

Edurne es una notable jugadora de voleibol y preside el Club de Ciencias. Eugenio ganó las más recientes Olimpiadas Nacionales de Matemáticas para alumnos de quinto grado, en tanto Pablo forma parte de los clubes de Ajedrez y Lectura.

Me olvidaba de Adriana Rovira: esta chica es cinta negra de karate, toca el violonchelo en la Orquesta Sinfónica Juvenil y, aparte del español, habla otros tres idiomas: inglés, francés y alemán.

Edurne fue reprendida por halarle el cabello a una compañera hasta tirarla al suelo; Eugenio por darle una patada en el trasero a su mejor amigo; Adriana bañó de jugo de naranja a su profesora de biología, cuando ésta le dijo que no debía comer durante la hora de clases:

–No estoy comiendo. Estoy bebiendo –contestó Adriana con impertinencia.

Como la profesora exigió que le entregara el vaso con jugo, ella le lanzó el contenido a la cara.

Eduarne, Eugenio y Adriana deben preparar, cada uno, una charla para sus compañeros de clases, sobre los valores y principios a los que faltaron: la paz, la amistad y, sobre todo, el respeto. Pablo también tendrá que hablar sobre la no violencia. Además, los cuatro deberán cumplir algunas horas de servicio o labor social, en instituciones elegidas por sus profesores guías.

Hace años, habrían sido suspendidos y expulsados del colegio por varios días y se les habría colocado una nota negativa en su Libro de Vida.

Ahora tenemos otras leyes educativas y otros métodos de enseñanza. Los tiempos cambian.

Mientras cavilaba, mis ojos se detuvieron en Pablo. Se me hacía difícil pensar que, unos minutos antes, le había clavado un lápiz en una mano a otro niño.

Según refirió la maestra, Alberto, el otro niño, lo golpeó en la cara y Pablo esperó un descuido de su atacante para agredirlo.

La maestra los llevó a ambos a la Coordinación de Primaria, pero solo dejó allí a Alberto. Temió que, si se quedaban juntos, podrían acometerse otra vez.

Mejor dicho, Alberto podría atacar de nuevo a Pablo.

Habitualmente, Pablo José González Miranda es un niño tranquilo, estudioso y muy dedicado. Aunque es muy inteligente, yo diría que sigue siendo un joven inocente, algo que se expresa en su forma de ser y en que, hasta hoy, siempre había sido víctima de alguien y nunca victimario.

Pablo siempre ha tenido una especie de imán para que lo acosen aquellos de sus compañeros que son tremendos. Él ha sido la presa favorita de los alumnos

indisciplinados y, desde que comenzó a estudiar aquí –en Educación Inicial–, las maestras han tenido que intervenir muchas veces para evitar que le hagan daño.

Ha padecido tantos episodios de este tipo que uno de los alumnos –no hemos podido averiguar cuál–, le puso el deplorable sobrenombre de *Corderito*. Lamentablemente, el mote corrió con suerte y así lo llaman muchos, incluso en voz alta.

Me dolió verlo en mi oficina, como si él fuera uno de esos chicos terribles que abundan en el colegio. Aparte de ser buen estudiante, Pablo jamás falta a clases y todas las mañanas llega tan temprano que el portero debe abrirle la puerta una hora u hora y media antes de que lleguen sus compañeros.

Su madre murió hace cinco años y su padre trabaja al otro lado de la ciudad por lo que, si no salen temprano, el tráfico les impediría llegar a tiempo.

Por el contrario, Alberto, el niño al que le clavó el lápiz, es un mal estudiante y sus notas están habitualmente en ese borde donde la diferencia entre aprobado y reprobado es de apenas un punto. Por si fuera poco, es un buscapleitos y a cada tres por cuatro hay que llamar a su representante por una pelea.

Cavilaba sobre esto cuando, de repente, la voz de Pablo me apartó de mis pensamientos.

–Señor dire –preguntó bastante asustado–, ¿mi papá se va a enterar de esto?

–No, hijo –le respondí para tranquilizarlo–. Eres un buen muchacho y con que reflexiones y te arrepientas de lo que hiciste basta. Seguro que tendrás que hacer algún trabajo de redacción y hablarle a tus compañeros de salón sobre la violencia. Sólo eso.

–¿Y Alberto?

–Con él es distinto. Con él hay que tomar otras medidas... Ya ustedes deben estar cansados de oírlo decir que se va a portar bien, que va a dejar de ser agresivo, que... El problema de ese niño está donde vive: su papá está todo el día en el trabajo y, cuando está en casa, se la pasa borracho...

–Gracias –me interrumpió Pablo, antes de bajar de nuevo la mirada y centrarla en sus manos entrelazadas.

Lucía en verdad como un cordero atado a un poste, a la espera de un tigre devorador de hombres al que aguardan varios cazadores con sus rifles.

La imagen me hizo recordar algunos de los episodios terribles que habían acontecido en el colegio desde trece semanas atrás.

Aparte de lidiar con maestras y maestros que faltan; niños que se pelean, que se quitan cosas unos a otros y luego vienen sus representantes a decirnos que sus demonios son ángeles; padres y madres que se quejan por todo y nunca tienen tiempo para colaborar en la educación de sus hijos; funcionarios del ministerio que exigen el cumplimiento de normas extravagantes, cuando no inaplicables a niños, tuve que enfrentar lo que, de haberse enterado que estaba sucediendo, la prensa habría calificado como *una espiral de violencia*.

Varios de esos episodios fueron de tal magnitud que pudieron considerarse pequeños atentados contra el colegio e incluso el vecindario. Ocurrieron casi todos los días y lo peor era que no habíamos podido averiguar quién o quiénes se hallaban detrás de ellos.

Nadie sabía nada, nadie había visto u oído nada.

Varios profesores habían sugerido que pusiéramos un sistema cerrado de televisión, con cámaras en lugares estratégicos como la entrada al colegio, los pasillos, las canchas de fútbol y basquet, el auditorio, el patio posterior e incluso en la zona boscosa que sigue a continuación. Pero eso es muy costoso y un colegio como el nuestro no puede darse ese lujo.

Claro, lo han visto en las películas y piensan que eso está al alcance de cualquiera, pero una cosa es la vida y otra bien distinta el cine.

Todo cuanto había sucedido en las últimas trece semanas daba la impresión de ocurrir espontáneamente o como que las hubieran hecho fantasmas, duendes o seres invisibles.

No existían testigos de ninguno de los episodios o, al menos, nadie decía haber visto algo. Las cosas sucedían y únicamente percibíamos las consecuencias.

Eso sí, todos estábamos preocupados por la interminable seguidilla de incidentes y temíamos que estos aumentaran de intensidad y, en cualquier momento, pudiese haber heridos y, Dios no lo quisiera, hasta algún fallecido.

El primero se descubrió trece semanas antes aunque, sin duda, los responsables venían actuando desde hacía algún tiempo: secaron intencionalmente, con gasoil quemado, la mayoría de los árboles de la calle frente a la fachada del colegio.

Quisimos sembrar nuevos pero, previamente, teníamos que dar con los asesinos de árboles. *Arboricidas*, creo que se les llama. Si no, corríamos el riesgo de que también asesinaran los retoños.

Dos o tres días más tarde se produjo el incendio intencional del bosque y las montañas que colindan con el jardín posterior del colegio. Por fortuna, los

bomberos llegaron a tiempo y evitaron tanto la quema del jardín como la extensión del fuego por la zona.

Al día siguiente y en el mismo jardín arrancaron todas las flores del sector derecho. Tiradas en la tierra, alrededor de las plantas de donde provenían, semejaban una de esas tragedias en las que mueren decenas de personas vestidas con ropas de diferentes colores.

Debido a la índole de los tres episodios pensamos que el o los responsables estaban en una cruzada antiecológica y comisionamos a la profesora de Biología para que averiguara cuál o cuáles alumnos suyos podían andar en esa onda.

Pero apenas veinticuatro horas después del floricidio y luego de cerrar las puertas de los dos baños de primaria, echaron arena de playa dentro de las cerraduras. La meticulosidad con que hicieron esto nos asustó: a pocos metros de allí uno de los bedeles encontró un embudo de papel muy bien hecho que, sin duda, se usó para trasvasar la arena.

En las fechas siguientes desaparecieron diversos objetos de varios salones, que luego se encontraron destrozados en algún contenedor de basura o en las aceras de las calles laterales.

Lo más grave, sin embargo, fueron las agresiones a alumnos, de las que tampoco se hallaron los responsables. No fueron ataques frontales, sino acciones realizadas anónimamente.

En la entrada al baño de varones del primer piso colocaron una cuerda de nylon que hizo caer a un estudiante y a la maestra que lo fue a auxiliar. La cuerda, por ser transparente, no se veía sobre el mosaico blanco.

En el pasillo hacia los laboratorios regaron aceite comestible en el suelo, lo que produjo numerosas caídas de alumnos y profesores e, incluso, de las dos señoras de mantenimiento que fueron a limpiar.

En otra ocasión, lanzaron tachuelas con punta de acero en el estacionamiento, que hicieron estallar los neumáticos de varios autos, entre estos, el mío.

A Priscila Vásquez, una estudiante de sexto B, le lanzaron desde la ventana del primer piso un huevo podrido que impactó en su cabeza. Afortunadamente, no resultó herida, pero a su madre le dio tal ataque de nervios cuando la vino a buscar que paralizó el tránsito frente a la entrada del colegio durante más de veinte minutos.

La señora decía –y no le faltaba razón–, que así como le habían lanzado un huevo podrido podían haberla impactado con una piedra o cualquier otro objeto contundente. Lo malo de su comportamiento fue que quiso golpear al padre de otra niña que se hallaba en su automóvil, cuando lo vio riéndose. Pero él no se reía de ella, ni de la situación –de la que aún no se había enterado–, sino de algo gracioso que acababa de oír en la radio.

Un niño de preescolar encontró una lagartija muerta dentro de su sándwich, cuando lo mordió. También aparecieron –en días sucesivos–, moscas, cucarachas, hormigas, abejas y arañas muertas en las loncheras de más de una decena de niñas, así como bebidas mezcladas con leche de magnesia en los termos de otros dos pequeños de preescolar.

A la maestra de primer grado A le echaron pega loca en su silla y, cuando quiso levantarse, no pudo. Para que no se fuera a casa con la silla pegada a sus

posaderas, fue necesario cortar sus pantalones con unas tijeras. Una profesora de bachillerato le prestó una falda para que pudiera salir del salón de clases y del plantel.

Alguien forzó la cerradura del Salón de Computación, desenchufó todos los ordenadores y escondió el router en la parte baja de una de las mesas, donde lo adhirió con cinta adhesiva.

Algo parecido sucedió dos días después en el de Música, donde se guardan las guitarras de la Rondalla del colegio. A todas les desafinaron las cuerdas y a la del profesor se las cortaron con una tijera.

En todos los tableros del Club de Ajedrez desapareció uno de los caballos blancos o negros. A todos les cortaron las cabezas y los cuerpos fueron hallados dentro de una bolsa blanca mal enterrada junto a uno de los árboles del jardín.

En la biblioteca quitaron el letrero que homenajeara a la profesora Saturnina Curvado Parejo, quien trabajó allí durante veintiocho de los treinta y cuatro años que lleva funcionando el colegio. En su lugar, dejaron una fotocopia con un letrero hecho en computadora que decía:

Aquí estuvo El Vengador

En el auditorio le abrieron varios agujeros al telón que donó el alcalde anterior del municipio, cuando nuestro grupo de teatro montó *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega. Los hoyos fueron hechos con un objeto punzante, suponemos que un picahielo.

Una mañana que amaneció tempestuosa y con un viento muy fuerte, hubo en los pasillos del segundo piso una lluvia horizontal de papeles que resultaron ser los exámenes de matemáticas más recientes, que habían sustraído, probablemente horas o minutos

antes, del departamento respectivo y los habían cortado con tijeras.

Luego de la sustracción y los cortes, los habían colocado en pilas sobre una mesa para que la brisa los arrastrara en la primera ocasión. Y ésta se presentó antes de que comenzara la primera hora de clases.

Fueron tantas las cosas que ocurrieron que no las recuerdo todas, ni en el orden en que sucedieron. Había olvidado reseñar que dos semanas antes del robo de los exámenes de matemáticas el retrato del fundador del colegio que se hallaba en el vestíbulo desapareció de su marco y, hasta hace unas horas, no se supo qué le había pasado. Lo habían lanzado al fondo del tanque de agua que surte al plantel.

También que a la profesora María Esther, de Química, le regaron un polvo gris oscuro sobre su escritorio y la silla, que se extendía hasta la puerta de su oficina. Al comienzo de esta línea se hallaba un fósforo usado, como si se tratara de pólvora y alguien hubiera intentado encenderla.

Pero María Esther lo olió y, aunque no supo qué tipo de material era, dijo estar segura de que no era pólvora.

La lista de maldades y fechorías fue mucho más larga y nos hizo pensar, a los miembros del personal docente, en una banda de estudiantes dedicada a hacerle la vida imposible a la comunidad.

Para enfrentarla, nombramos una comisión que debía investigar quiénes componían dicha banda y detener sus iniquidades. Esta comisión la formaban varios profesores y la jefa de mantenimiento, pero no obtuvo ningún resultado. Como ya señalé, nadie había visto u oído nada y alrededor de los causantes

de los problemas parecía haberse construido un muro de silencio.

Mientras en mi oficina repasaba los acontecimientos, miré con tristeza y compasión a Pablo, cuya vergüenza lo hacía hundirse cada vez más en el sillón. Se había deslizado por el espaldar del sofá y ya estaba casi acostado.

En su cara se podía leer el más grande de los bochornos. Entonces sentí rabia, mucha rabia.

En mi mente aparecieron los rostros de los principales sospechosos: tres estudiantes del último año de bachillerato, cuya característica más notoria en todo el tiempo que han estado en el colegio ha sido su mala conducta.

Sin embargo, la mayoría de las faltas de estos tres jóvenes –que, según sabíamos, competían a ver cuál se portaba peor–, tenían que ver con desobediencias al código interno de los alumnos, como el uso reiterado de lenguaje obsceno, llegar tarde o faltar a clases, no llevar el uniforme ni entregar los deberes a tiempo, y esconder un lápiz, un libro o un cuaderno de algún compañero o compañera. Muy pocas veces y solo cuando estuvieron en primaria fueron más allá.

Varios profesores vigilaban los movimientos de este trío, desde su llegada al instituto hasta su salida, pero ninguno descubrió nada fuera de lo común.

Al principio creí que su buen comportamiento de las últimas semanas constituía una evidencia en su contra. Luego, su profesora guía habló con el más revoltoso de los tres y supo que, al saberse observados, habían acordado portarse bien hasta que aparecieran los verdaderos culpables.

Ella le creyó, pero me dije a mí mismo: *a mí no me engañan, seguro que son ellos.*

También pensé en los alumnos del último año. En períodos escolares anteriores, cuando estaban a punto de salir para la universidad, algunos de los casi bachilleres habían hecho cosas como inutilizar un lavamanos, llevarse un extinguidor de incendios o romperle los vidrios al automóvil del coordinador de matemáticas.

Pero, cuando eso había ocurrido, rápidamente se había dado con el o los responsables, debido a que parte de la travesura consistía en presumir de ella, bien en persona o a través de las redes sociales.

La idea desapareció cuando recordé que los próximos graduandos se habían comprometido por escrito a respetar las instalaciones del colegio. Los documentos con sus firmas habían sido refrendados por sus representantes, que garantizaban pagar cualquier daño en que incurrieran.

No podía ser gente de afuera porque el plantel es muy estricto no sólo con el ingreso de extraños, sino incluso con los mismos miembros de la comunidad.

Todos los docentes, estudiantes y trabajadores abrimos las puertas y rejas con un chip de nuestros carnets y, sin estos, no hay manera de ingresar.

Claro, a menos que alguien haya robado alguno.

Pero nadie ha visto a ninguna persona ajena al instituto en el interior de éste, en las últimas semanas.

Perdí la cuenta de la cantidad de veces que le di vueltas a todo esto y llegó un punto en que creí que, de seguir así, me volvería loco.

Esto no lo vivía yo nada más. La subdirectora, la coordinadora general y la mayoría de los profesores y

profesoras me habían hablado de la inquietud y hasta del miedo que los embargaba.

La suma de todos los acontecimientos que he mencionado y otros que se me han escapado habían generado una sensación de intranquilidad e impunidad que –por lo visto–, hacía aumentar el número habitual de infracciones.

En los últimos días, aparte de los buenos alumnos cometiendo faltas, entre el resto de los estudiantes se habían multiplicado las discusiones y las agresiones dentro y fuera de los salones de clases.

Pensaba en esto cuando la puerta de mi oficina se abrió de golpe y otra vez salí abruptamente de mis pensamientos como si estuviera dentro de una botella y en su interior se hubiese producido la erupción de un volcán: Josefina, la jefa de mantenimiento, entró muy agitada y dijo que había un desastre en el almacén de productos de limpieza que también funciona como salón de reparaciones.

Fuimos hasta allá y, de veras, aquello sólo podía calificarse de *desastre*.

Habían abierto uno de los armarios donde se almacenan los productos de limpieza y, tras destapar todos los frascos de líquidos desinfectantes, los habían vertido en cubetas. Luego los habían mezclado con otros productos, entre ellos barniz, pintura y jabón en polvo. El resultado era una sustancia marrón espesa y burbujeante.

Con esta sustancia habían recubierto las paredes, las dos ventanas de la sala, el mesón de carpintería, los pupitres y pizarrones que esperaban ser reparados y varios sacos de aserrín con cuyo contenido se iba a rellenar el patio de preescolar.

En el suelo, junto a las cubetas, se hallaban varios fósforos usados. Daba la impresión de que quien o quienes hicieron aquello trataron también de encender la mezcla.

En efecto, al rato se comprobó que había sido así: en el fondo de una de las cubetas se hallaron otros dos fósforos quemados.

Este acto de vandalismo fue el colmo y, según pensamos los integrantes de la Junta Directiva, probó que existía en el colegio un grupo de estudiantes dedicado a esta especie de terrorismo en miniatura.

La subdirectora y la coordinadora de bachillerato tenían ya varios días sugiriéndome que llamara a la policía. No les hice caso porque involucrar a la policía equivaldría a reconocer nuestra incapacidad –tanto de los profesores como de los maestros–, para encontrar a los responsables.

Por otra parte, si se hacían públicos los sucesos de los últimos meses, en cualquier momento los mismos llegarían a oídos de la prensa y nos convertiríamos en lo que a los periodistas se les ocurriera: un centro de vándalos, un espacio infernal tomado por la delincuencia, un antro de malvivientes.

Junto a estos lugares comunes el colegio sería señalado como el reflejo de todo lo malo del país y quién sabe si todo esto desembocaría en el retiro de los alumnos y el consiguiente cierre de la institución.

Llamar a la policía, además, significaría que la violencia se habría colocado por encima de la paz y el espíritu de convivencia.

Mi propósito como director –cargo en el que tengo dos años–, ha sido crear un ambiente de paz y respeto, no sólo entre los miembros de nuestra comunidad, sino entre

nosotros y el ambiente, ya que contamos con un gran jardín o patio, como lo llaman algunos y, en la parte posterior del colegio, el bosque y las montañas que fueron incendiadas semanas atrás.

Si bien es verdad que este propósito estaba naufragando no era menos cierto que un escándalo público, en lugar de generar soluciones, seguramente arrastraría al colegio a zonas de maledicencia de las que resultaría muy difícil sacarlo.

Como si hubiese chocado con un iceberg, nuestra paz se había hundido de modo irremediable hacia un torbellino de sombras y maldad que, igual que los huracanes en los mares tropicales, se hacía más poderoso mientras recorría las aguas del tiempo.

Hasta el momento no habíamos sido capaces de detener los acontecimientos terribles y, en verdad, parecía hora de pedir ayuda. Ayuda de expertos en detectar culpabilidades.

Pero segundos después de contemplar la idea de llamar a la policía, decidí darnos una última oportunidad.

De inmediato, convoqué a una reunión urgente de la Junta Directiva del colegio.

Había que hallar con urgencia a los perpetradores de la serie de atentados contra el colegio y sus habitantes, antes de que ocurriera algo peor. Antes de que se produjera uno de esos sucesos que ponen a un colegio en la mira de todo el mundo, no por sus logros académicos o deportivos, sino por alguna tragedia ocurrida en él.

Debido a que la situación se estaba tornando crítica, pedí a mi secretaria que llamara al presidente de la Sociedad de Padres y Representantes y a la

supervisora escolar de la zona, para que también asistieran a la reunión.

Debido a que los convocados éramos más que de costumbre, nos encontramos cuarenta minutos después en la biblioteca del colegio y no en mi oficina.

Cuando iniciamos la reunión, solo faltaba el presidente de la Sociedad de Padres y Representantes, que ya venía en camino. La supervisora escolar había llegado en pocos minutos, pues se encontraba en una escuela cercana cuando la llamaron.

Tras referir el reciente atentado en la sala de reparaciones e informar superficialmente de los sucesos nefastos a quienes no los conocían, hablé sobre la necesidad de detenerlos. Sostuve que había que involucrar a toda la comunidad –incluyendo, por supuesto, a los estudiantes–, en la solución de tan terrible asunto.

Sin darme cuenta, el nerviosismo y la angustia de los últimos días se manifestó en mí proporcionándome una elocuencia que yo mismo no sabía que tenía. Las palabras acudían a mi mente con prontitud y coherencia, tal como si yo fuera un líder que asume su papel ante la historia, dispuesto a vencer o a quedar en el intento.

Expuse todo con tal brillantez que, por un instante, pensé meterme en política ya que, como todo el mundo sabe, cuando alguien fracasa en lo que hace pero habla bien, se dedica a la política.

Lo ocurrido en el último tiempo mostraba el fracaso de mis campañas de paz y respeto así como la llamada *Amemos la naturaleza*. Esta última se fue a pique cuando se descubrió que el incendio que había arrasado el bosque y las montañas vecinas fue provocado por alguien del colegio.

Y ahora que lo pensaba, igual se había frustrado mi objetivo de lograr que los alumnos valoraran más la lectura. Ni siquiera había logrado que los profesores de Castellano y Literatura leyeran más.

De hecho, en vez de dar a conocer un libro, algunos se limitaban a presentar una sinopsis del mismo bajada de la red o, cuando mucho, a obligar a los muchachos a que leyeran uno o dos capítulos o cuentos, sin hacerlo ellos.

Luego examinaban a los estudiantes pidiéndoles que hicieran un resumen de lo que habían leído o escuchado, o les hacían preguntas tales como *Cuántas palabras tiene el título del libro; de qué color es la casa que se menciona en el primer capítulo o Diga usted si hay niños en el capítulo leído y, si su respuesta es afirmativa, precise cuántos.*

Usted le pregunta a cualquier alumno quién fue Miguel de Cervantes y le dice que un cojo que escribió un libro sobre manchas. La mayoría piensa que Pedro Páramo es el autor de una novela llamada *Juan Rulfo*.

Por si fuera poco, también se había arruinado mi campaña contra la piratería, pues cada día se descubrían más alumnos que bajaban sus tareas de la red. Las presentaban sin cambiarles absolutamente nada y lo peor era que la mayoría de los profesores las aceptaba.

Sin duda, seguí con mis pensamientos, solo tenía futuro en la política, dado que como director escolar dejaba mucho que desear.

Si no se detenía la violencia en el colegio, no me quedaría otra salida sino renunciar a la dirección y

presentar mi candidatura para alcalde, en las elecciones del año próximo.

Total, si también fracaso en esto último –que es lo más seguro–, puedo alegar que mi derrota se debe a un fraude y, gracias a esta habilidad que hoy se ha manifestado en mí para hablar en público bajo tensión extrema, estoy seguro de que aumentará mi popularidad para el período siguiente.

Tan concentrado me hallaba en esta cadena de ideas que no escuché a la maestra de quinto A, cuando irrumpió en la sala y, luego de excusarse con los presentes, nos pidió que la acompañáramos.

–¡Estamos en reunión de Junta Directiva! –alcancé a decir.

–¡Es muy urgente, profesor! ¡Vengan todos!

–¿Todos? –preguntó la subdirectora.

–¡Sí, todos! –respondió la maestra Ametralladora.

La subdirectora y yo salimos antes que las otras personas de la biblioteca.

–¡Tienen que oír esto! –escuchamos decir a la maestra, al momento de echar a correr–. ¡Es increíble!

Yo, para no dejar atrás a la subdirectora, que es una señora mayor, aceleré el paso, pero a la velocidad que le daban a ella sus piernas.

Mientras avanzábamos, advertí hacia donde nos dirigíamos y me reí mentalmente cuando me dije:

Vamos en dirección a la Dirección.

Éste era otro talento que tenía... Que tengo. El de improvisar chistes.

En la televisión siempre andan en busca de personas que hagan guiones y yo, con el humor que

poseo, me siento en condiciones de hacer ese tipo de trabajo.

De hecho, hasta dotes de actor tengo ya que he sido capaz de convencer a los demás de que puedo ser director de escuela y, quizás, hasta alcalde.

Como aún me queda algo de temor escénico, pensé que bien maquillado y provisto de uno de mis guiones, especialmente preparado para la ocasión, hasta podría trabajar de payaso, si fracasaba en política. De este modo, seguiría un proceso evolutivo natural: profesor de biología, director de escuela, candidato a alcalde y, por último, payaso.

Total, ya sé lo que es tratar con niños.

Cuando llegamos a mi oficina, encontramos a Pablo acostado en el suelo y atendido por la médico y la enfermera del colegio. Al parecer, había tenido un ataque de nervios.

Caramba, pensé, otro fracaso personal: olvidé que el niño se había quedado aquí.

Había empezado a redactar mentalmente mi renuncia cuando la doctora me llevó aparte y me informó que el ataque de Pablo se había producido después de que ella lo atendió por una herida en la mano.

—¿Una herida en la mano? —pregunté y luego pretendí aclarar—. El herido en la mano fue Espinosa Rodríguez, Alberto José.

—¡No, profe, Pablo también!

—¿Con qué se hirió? ¿Todavía estaba aquí, en mi oficina?

Supe que Pablo se había tomado los dedos de la mano derecha con una trampa para ratones que se hallaba en la gaveta de mi escritorio.

La tenía allí porque dicha trampa había aparecido la semana anterior en el armario donde se guardan las tizas y los borradores, justo encima de uno de estos últimos.

Por fortuna, Elvia Domínguez, la niña que abrió el armario, la vio a tiempo y no sucedió nada. Esa era otra de las fechorías sin culpables de los últimos meses.

Traje la trampa montada a mi oficina y, tal como estaba, la guardé en la gaveta del escritorio. Cuando lo hice, pensé que podría jugar con el miedo a herirme los dedos de la mano, igual que si hubiera tenido una serpiente venenosa allí dentro y existiese la posibilidad de que me clavase sus delgadísimos colmillos.

Sé que eso no lo hace una persona sana y cuerda pero es que, para dirigir un colegio, se necesitan varias dosis de locura, entre otras cosas.

Y, por cierto, ahora que lo pensaba: ¿qué tenía Pablo que buscar en mi escritorio? Nada, que yo supiera. ¿O era simple curiosidad infantil?

Volví al presente, dado que la doctora me seguía hablando.

Como la trampa que había herido la mano de Pablo tenía oxidado el alambre que golpea, tras consultar por teléfono al padre del niño, ella le había inyectado una vacuna antitetánica pero, en broma, le había dicho que se trataba de suero de la verdad.

Fue entonces cuando a Pablo le sobrevino el ataque de nervios.

Tras ponerse pálido un instante, comenzó a temblar y luego se desvaneció.

Al despertar, minutos después y sin que nadie se lo pidiera, empezó a contar infinidad de cosas, entre ellas

que Alberto le había pegado porque él, antes, le había puesto una zancadilla.

Algo parecido había ocurrido en todas las ocasiones en que se castigó a algún compañero de clases o un estudiante de otro salón por agredirlo. Él les hacía algo y, cuando los otros se defendían o lo atacaban, se quejaba y, en todos los casos, luego de poner cara de inocente, las maestras le creían.

Como colaboraba con ellas y era siempre el mejor alumno del grado que cursara, ni la actual ni las anteriores maestras habían dudado nunca de sus palabras.

También relató que esa mañana había llegado al colegio más temprano que nunca y se había colado en la sala de mantenimiento. Allí había mezclado los líquidos y, con dos trapeadores, había embadurnado el lugar.

En los minutos siguientes confesó ser quien provocó el incendio del bosque y la montaña meses atrás, quien cortó las flores en la parte posterior del jardín y el que dio muerte a los árboles de la calle frente al colegio, al echarles gasoil en las raíces.

Luego expuso que fue él también quien colocó la trampa para ratones en el armario de las tizas y los borradores; el que dejó la lagartija muerta en el sándwich del niño de preescolar; el que puso insectos en las loncheras de varias niñas y leche de magnesias en las bebidas de otros pequeños.

Fue él quien tomó objetos de otros salones y los desapareció. El que sacó el retrato del fundador del colegio de su marco y lo introdujo en el tanque de agua del colegio.

Él colocó la cuerda de nylon en el baño de los niños de primaria, para que se cayeran al entrar, y

llenó de pegamento el asiento de la maestra de primero A. Fue el autor de otra travesura que olvidé incluir en la lista hecha un rato antes: los letreros que se hallaron en los baños de los estudiantes de bachillerato contra algunos profesores del plantel, entre ellos, yo.

Tales letreros tenían una característica: ninguno había sido terminado y a todos les faltaban letras, según confesó Pablo, porque no sabía calcular el tamaño de éstas con respecto al espacio donde iba a escribirlas.

Algunos de los que recordé, mientras él hablaba, decían:

Muera la profesora de matemáticas

Abajo la bruja de gimnasia

El director es un muerto de hambre

Viéndolo y oyéndolo contar todo cuanto había hecho, en mi mente surgió otro chiste:

–En vez de Pablo, debería llamarse *Culpablo*.

Bajo la influencia de lo que creía era un suero de la verdad, Pablo siguió refiriendo que él había hecho todas o casi todas las cosas que nos habían mantenido en vilo durante las últimas doce semanas.

Aparte de las ya conocidas, añadió que le había sacado los ojos al peluche que la secretaria de la Dirección tenía en su escritorio; le había abierto varios agujeros a la manguera que se usaba para regar el jardín y había cortado varias ramas del árbol de Navidad del año pasado, para lo cual usó las tijeras de un alumno de segundo grado, a quien castigaron por eso. Las tijeras, que aparecieron junto al árbol, tenían el nombre de este niño.

Pablo fue quien dos semanas atrás introdujo un virus en los ordenadores –fijos y portátiles–, de la Sala de Computación. Este virus lo había creado un primo suyo que ya está en la universidad.

Por si fuera poco, fue él quien envió mensajes retadores a los alumnos que le caían mal, pero a nombre de otros niños, lo que provocó varias peleas, tres de ellas con más de cinco alumnos involucrados.

Había desinflado en dos ocasiones todos los balones de los equipos de fútbol, básquet y voleibol; llenado de grasa de automóvil los pasamanos de varias puertas y los agarraderos de las escaleras entre el primer piso y la planta baja –algo que suscitó varias caídas y la fisura de la mano derecha de una profesora suplente de inglés–, y, por supuesto, fue él quien regó aceite en el pasillo hacia los laboratorios.

Al preguntársele cómo pudo hacer tantas cosas sin ser descubierto, dijo que muchas maestras, profesoras y profesores lo habían visto en los lugares donde luego sucedían las cosas, pero nadie lo asociaba con éstas, debido a que él era un buen estudiante.

La enumeración de diabluras cometidas por Pablo se extendió por más de media hora, hasta que, por cansancio, se quedó dormido.

Además de aquellas fechorías que habíamos advertido en los últimos meses, hizo otras de las que no teníamos noticia, como quemar uno de los uniformes del portero, que éste había dejado en la sala de mantenimiento cinco o seis meses atrás; orinar varias veces en la pequeña piscina de los niños de preescolar; embadurnar de mantequilla uno de los cuadernos de una compañera de clases que no le quiso prestar un sacapuntas, entre otras.

Cuando dejó de hablar y se durmió en un sillón de mi oficina, todos nos miramos las caras. Estábamos tan asombrados que nadie fue capaz de decir nada.

Aún resonaba en nuestros oídos su respuesta a la pregunta que le hizo el presidente de la Sociedad de Padres y Representantes:

–¿Por qué hiciste todo eso?

–Porque mi papá me trae muy temprano y me aburro.

© De la edición, Caravasar Libros (2016)

© De la edición, Armando José Sequera (2016)

Portada, edición y diseño: Armando José Sequera

Obra de distribución gratuita

PROHIBIDA SU VENTA

Obras para niños

18 Mercedes Franco – VENEZUELA HABLA CONTANDO (cuentos).

28 Rubén Darío – DOS PRINCESAS (poemas – obra para niños).

31 Gabriela Mistral – PIECECITOS (poemas – obra para niños).

32 Manuel Felipe Rugeles – LA ALDEA (poemas – obra para niños).

33 Rafael Pombo – LA POBRE VIEJECITA (poemas – obra para niños).

51 José Gregorio González Márquez – ESCARABAJO (poemas – obra para niños).

55 Armando José Sequera – ABURRIDO (cuento – obra para niños).



Armando José Sequera junto a un gato del escultor colombiano Fernando Botero, en la Rambla del Raval, en Barcelona, España.

(Caracas, 8 de marzo de 1953). Es un escritor, periodista, editor, promotor de la lectura y productor audiovisual venezolano.

Reside en Valencia, estado Carabobo. Con éste, ha publicado setenta y siete libros, gran parte de ellos destinada a niños y jóvenes.

Ha obtenido diecisiete premios literarios, cinco de ellos internacionales: Premio Casa de las Américas (La Habana, Cuba, 1979), Diploma de Honor IBBY (Basilea, Suiza, 1995), Bienal Latinoamericana “Canta Pirulero” (Valencia, Venezuela, 2001), Premio Internacional de Microficción Narrativa “Francisco Garzón Céspedes” (Madrid, España, 2012), Premio Internacional “La belleza en mil palabras” (Madrid, España, 2015).

También uno periodístico, el “Monseñor Jesús María Pellín”, en la categoría Programa Cultural del Año 1997, por su programa de radio ESOS PEQUEÑOS DETALLES, emitido entre 1993 y 1997.

Es autor, entre otros títulos, de EVITARLE MALOS PASOS A LA GENTE (1982), TERESA (2001), LA COMEDIA URBANA (2002), MI MAMÁ ES MÁS BONITA QUE LA TUYA (2005), EL DERECHO A LA TERNURA (2007) y ÁGATA (2013).

En 2006 fue nominado al Premio Astrid Lindgren por el Banco del Libro, entidad que por cierto obtuvo dicho galardón en esa ocasión.

Libros y textos de su autoría han sido traducidos a los siguientes nueve idiomas: francés, catalán, coreano, alemán, italiano, portugués, inglés, serbo-croata y checo.

Decenas de textos suyos figuran en más de ciento sesenta antologías de cuentos, minificciones y literatura para niños y jóvenes, en diversos países de América y Europa.

En **Caravasar Libros** ha publicado UN SIMPLE OCHO, CRUENTOS, OPUS, REDUCTIA, CIENCIA A VUELO DE PÁJARO, ACTO DE AMOR DE CARA AL PÚBLICO, DIOS QUIERA QUE EN LA OTRA VIDA, EL DERECHO A LA TERNURA, CRÓNICAS NEBULOSAS 1, GIROSCOPIO, PASSAROLA, USOS Y ABUSOS DEL DIMINUTIVO y ABURRIDO.

CARAVASAR LIBROS